

Antes que el huracan se desate, antes que la tormenta amague, el navegante ve pasar aves que lanzan siniestros gritos, y que parecen como los presentimientos vivos que tiene la naturaleza de sus grandes dolores. Pues bien, con mayor razon debemos ver estos anuncios, estos presentimientos, en el mundo de la idea. Los poetas, cuyas almas vuelan por todo el cielo del espíritu, ven antes que los demas mortales la luz del nuevo dia, pero tambien antes que les demas mortales el reflejo siniestro de la próxima tempestad. Por eso los antiguos, tan hábiles en el arte de simbolizar las ideas y encerrarlas en mitos de profundísimo sentido, creian que los poetas eran deudores al cielo del don de profecía. Indudablemente esos seres coronados de luz y de tinieblas, que agitan con sus alas el éther en los espacios infinitos, que llenan con sus cánticos todos los tiempos, con su fantasía, como la nube que al Oriente inflama el primer rayo de la aurora, reverberan la luz misteriosa de lo porvenir sobre la frente de la humanidad. La ciencia esclarece los limbos de los tiempos venideros. Y la poesía no es mas que el ángel que recoge en sus blancas alas el pensamiento de la ciencia y lo sacude sobre el espíritu de las muchedumbres, que llegan á todas las grandes creencias del espíritu en virtud de las incessantes revelaciones del arte. El dolor es la musa en estos grandes siglos de decadencia, y especialmente el dolor sarcástico, que es el dolor impotente para reformar y purificar al hombre. Consideremos con brevedad los poetas y escritores de estas edades. Mucho siento que el tiempo nos apremie y que por lo mismo no sea posible dar una idea de la literatura sino á grandes rasgos. ¿Quereis ver la sociedad romana? Léed el Satyricon de Petronio. Allí encontrareis el rico estúpido, rodeado de parásitos cortesanos, la orgía humeante, el vino rebosando en la copa, el pueblo sin virtudes, la aristocracia sin recuerdos, el poder sin freno y la voluptuosidad trastornando la cabeza de Roma, que se entrega como impura prostituta por un puñado de oro á los pueblos y á los reyes. La indiferencia de aquella sociedad es tan grande, que las tragedias de Séneca, en que el dolor llega á sus últimos vértigos, y raya mas allá de lo posible, no la conmueven. El genio hiperbólico pero verdaderamente grandioso de Lucano, desaloja del poema todas las antiguas divinidades. Mudas y pálidas caen sobre la tierra como hojas secas del árbol de la vida. La fortuna reina implacablemente con su cetro de hierro en la mano sobre los dioses y los hombres. Y el gran poeta ve, arrasados de lágrimas los ojos, la libertad desconocida del Capitolio para refugiarse mas allá del Rhin á cu-

rar sus llagas con las virtudes de un pueblo sencillo y amante de la naturaleza. Plinio el Viejo recoge en su enciclopedia todas las ideas y todas las supersticiones de la antigüedad, como si temiese que no pudieran salvarse del amenazador naufragio. Plutarco, estóico, que proclamaba la unidad del espíritu humano, el escritor de las sencillas formas, genio verdaderamente griego, esculpe con su cincel las hermosas estatuas de los héroes griegos y romanos como para levantarlas sobre el sepulcro de aquella sociedad, recordándole en su abyeccion, en su esclavitud, las virtudes engendradas por las antiguas libertades. Marcial se corona de flores, pero de flores que parecen nacidas sobre un sepulcro. Su sonrisa me entristece como la sonrisa de un cadáver. Sus carcajadas me atormentan como las carcajadas de un epiléptico. Si alguna vez me mueve á risa, es cuando cansados mis ojos de ver catástrofes, y mi corazon del dolor, agotado el sentimiento para sufrir el espectáculo de aquella época, la risa me posee como consecuencia de ese silencio del dolor, mas triste aún que los gritos de todos los dolores juntos, de ese silencio que llamamos indiferencia. Marcial nos cuenta en sus epigramas que aquella Roma tan alegre, dichosa, colocaba en sus orgias un esqueleto entre los platos de oro y las copas de esmeralda para que recordase á los romanos que todo placer finaliza en la muerte. Silio Itálico describía las guerras púnicas, las glorias muertas de Roma con palabras antiguas, con versos forjados en el fuego de la libertad, palabras y versos que brillaban á manera de la fosfórica luz que produce la descomposicion de los huesos de los cadáveres. Las églogas de Calpurnio nos describen la paz romana bajo el despotismo, la paz de la muerte. ¡Ah! el postrer acento de oposicion á la tiranía fué el acento de Fedro. El fabulista ha buscado el apólogo para protestar contra la servidumbre de Roma, contra la tiranía de los Tiberios y de los Sejanos. Puede decirse que el poeta del imperio es el napolitano Estacio, el improvisador hueco y brillante, que va de puerta en puerta adulando todas las fortunas, haciendo objeto de sus versos todos los vicios, llorando porque al César le ha escamoteado la suerte, la satisfaccion de algun capricho, rompiendo en fin la lira clásica entre sus manos ahumadas con el incienso ofrecido en aras de los despotas del mundo.

Hay, señores, un genero de poesía en este tiempo que muestra la irremediable caída de la civilizacion clásica. Este genero de poesía es la sátira que rompe el armonioso concierto entre el fondo y la forma, principal carácter del arte clásico. La sátira muestra que el espíritu

humano disgustado de la realidad, suspira por un ideal que sobrepuje al antiguo ideal clásico. Por eso, señores, el siglo de oro de la sátira es el siglo desgraciado en que principia la irremediable decadencia de Roma. Mirad la naturaleza, señores. La perpetuidad de las especies se halla asegurada por la muerte de los individuos. De la descomposicion de un sér proviene otro sér. La raíz destruye la semilla de que nace. En el espíritu sucede lo mismo por esas analogías misteriosas que hay entre el sér y el pensar. Las ideas progresan, oponiéndose con fuerza las nuevamente consabidas á las antiguas, y negándolas con negacion formidable. La sátira, pues, venia á romper atrevidamente la ley armónica de la idea y la forma en el arte antiguo. El gran satírico de Roma no es Horacio, demasiado alegre; ni Persio asaz artificioso; sino Juvenal, que vive en tiempo aún mas depravado que los tiempos de Horacio; Juvenal, que tomando la maravillosa lámpara encendida sobre la tumba del cantor de Tibur, nos muestra á sus rojos resplandores todos los vicios de sus tiempos, las damas romanas desnudas, si bien ornadas para mayor decencia con riquísimos collares de perlas; los patricios que duermen tranquilamente en su lecho de púrpura en tanto que el cliente tiembla de frio y de hambre á la puerta; el sacerdote que se come las víctimas consagradas á los dioses y engorda con la religion del pueblo; el pretor, no sencillamente justiciero como en los primitivos tiempos, sino sentado en áureo trono, cargadas las espaldas con pesado manto y las sienes con no ménos pesada diadema, verdadera imágen de los déspotas de Oriente; el soldado que pone todo su orgullo en muertes, incendios y violencias; el jurisconsulto, que vuelve en su litera del foro, despues de haber defendido, no al que tiene mas derecho, sino al que tiene mas dinero; el privado del César conducido ayer por su valimiento en un toro blanco al Capitolio, y hoy arrastrado por su desgracia en el cieno del Tíber; los cortesanos que acuden presurosos á saludar de rodillas al favorito en su fortuna y van á escupirle la cara en su desgracia ó á dar puntapiés á su cadáver en presencia de los esbirros del poder; el dueño del mundo, que no sabiendo qué hacer de su autoridad mata á su madre por imitar á Orestes, representa en el teatro, juega en el Circo, incendia á Roma, para que alumbré sus festines, mientras el pueblo que someti6 la tierra y que levant6 del suelo con la punta de sus lanzas las c6ronas que se caian de la frente de los reyes, no podia tener ciertos privilegios porque no pagaba el censo: que entonces como ahora la política era un mercado, el oro el precio del derecho, y el pueblo sin cuyo

trabajo no pueden vivir las sociedades, un proscrito; vicios admirablemente condenados á la execrecion de todas las generaciones por aquel genio que era como el grito siniestro de la conciencia de Roma. [Entusiastas aplausos.]

Pero, señores, la verdad es que aquella sociedad moria porque morian la idea religiosa y la idea metafísica en que estaba fundada. Aquellos hombres habian perdido la antigua religion sin concebir siquiera una nueva idea religiosa. Y, señores, la idea de Dios, la idea de lo infinito se imponen como una necesidad lógica á la conciencia humana. En verdad una filosofía esclusiva pudo creer que era dado borrar la religion del número de las necesidades de nuestro espíritu. Yo no soy de tal sentir. Cuanto mas ahondo en la conciencia humana, mas viva encuentro la idea religiosa. En vez de creer que toda religion es vana, creo cabalmente lo contrario; creo que la religion lleva en sí el ideal de las artes, de las ciencias, de las instituciones; creo que es la estrella de toda una civilizacion; creo que vivifica el espíritu; creo que templá las dolorosas contradicciones de nuestra inteligencia y las tristísimas luchas de nuestro corazon; creo que es la luz del pensamiento y el aroma del amor; creo que fortifica la libertad; creo que levantando toda nuestra vida á la comunicacion eterna con el cielo, le da algo del resplandor divino, y le promete que tras esa negra noche del sepulcro, donde parece que todo sentimiento se apaga, y todo recuerdo se pierde, tendrá una transformacion gloriosa que la acerque al eterno ideal del bien, de la verdad, de la hermosura, á la eterna fuente del sér, al eterno sol del pensamiento, á Dios. (Repetidos y prolongados aplausos.) Pero por lo mismo creo destinada á desaparecer toda religion que sea contraria al sér del hombre y á la justicia de Dios; que suprima la naturaleza el nombre del espíritu ó suprima el espíritu en nombre de la naturaleza; que mate la razon, e y criterio de verdad; que sancione la injusticia, la desigualdad entre los hombres; que se una á los opresores de los pueblos para ahogar todo arranque de dignidad y todo sentimiento de derecho que intente oponer un valladar infranqueable al progreso; que admita como buena la esclavitud, la degradacion de la imágen divina en la humanidad; que pida, no la plegaria espontánea del alma, no el tributo voluntario del corazon, sino adoradores constreñidos por la tiranía á mentirle culto hipócrita, los cuales manchados en su voluntad por el pecado, y en su conciencia por la duda, no harán mas que profanar con los labios la idea divina, y cortar el vuelo libre del espíritu á lo infinito; verdade-

ro impulso hácia Dios de toda alma verdaderamente religiosa. (Aplausos.)

Y como el paganismo no se sostenia por la religion del espíritu, de la conciencia, sino por religion del estado, el paganismo espiraba. Con él, con su idea de la desigualdad de los hombres ante los dioses, empezaban á morir tambien los privilegios, que si aun quedan, señores, quedan como las cicatrices despues de las heridas. Pero no olvidéis lo que dije en mi última conferencia. La religion pagana moria á manos de sus mismos adoradores. Las ideas de los filósofos que habia engendrado eran corrosivas para sus entrañas. Cuatro siglos ántes de la era cristiana, Evehemero escribió un libro sosteniendo que los dioses no eran mas que hombres, sujetos á nuestras mismas debilidades, siervos de nuestras mismas pasiones, divinizados solo por el agradecimiento de los pueblos. De suerte que aquellas divinidades en cuyo templo ardia el fuego sagrado, en cuyas aras pendian coronas de flores, á cuyo alrededor danzaban las vírgenes griegas, miéntras el sacerdote ofrecia miel y cera, y el poeta recitaba al son de la cítara versos de Homero, aquellas divinidades no eran mas que hombres, tan débiles, tan enfermos como los mismos que los adoraban, hombres ya devorados por la muerte. Este sistema, que tuvo mucho crédito en la corte corrompida, sensual de los selencidas, fué restaurado en el siglo segundo por Filón de Byblos. Los romanos debian oponerse á esta idea, porque en aquel pueblo de maduro juicio la religion era, mas que una necesidad del espíritu, un medio de gobierno. La idea escandalizó universalmente. Comenzóse una reaccion pagana que intentaba con el filtro de nuevas ideas resucitar los dioses muertos, y con el fuego arrancado á templos por su antigüedad sacralísimos, iluminar el oscuro Olimpo. El representante de tal reaccion es Apuleyo. Este escritor se sirve del apólogo como del medio mas oportuno para propagar la creencia que cree saludable. Su principal objeto era combatir la mágia á que habia llegado en su delirio el paganismo por una larga série de sucesivas degeneraciones. El apólogo contra el sentido religioso de su tiempo es el asno de oro. La mágia, segun nos cuenta en ese apólogo, le ha convertido en asno, y el culto de Isis le devolverá su primitiva forma humana, pero mas espléndida y mas hermosa. Aqui primeramente se ve un combate fortísimo al sentido religioso del siglo segundo en que todos los paganos se daban á la mágia, y el empeño de evitar la decadencia del paganismo, vivificándolo nuevamente en los altares de Isis. Quisiera tener el pincel de

Virgilio en mis manos para retrataros estos misterios, principal alimento de la aterida conciencia pagana en el siglo segundo. El poeta nos muestra en plácida noche á las orillas del mar la procesion de la diosa, la mascarada que abre el paso, las doncellas vestidas de blanco; ora sembrando de flores el camino, ora luciendo espejos misteriosos; ora, derramando de argentados pomos olorosas esencias; los manebos ahuyentando las sombras con millares de antorchas que parecen astros descendidos del cielo á los conjuros de las plegarias religiosas; los músicos de Serapis prorrumpiendo con sus flautas y sus trompas en melodiosas sinfonías; los iniciados en los misterios, cubiertos con largos velos, llevando en las manos signos del zodiaco, imágenes pequeñas de la vaca sagrada, urnas de oro donde se guardan secretos de la iniciacion; los sacerdotes con su túnica de lino, su manto de púrpura, llenas las manos de guirnaldas, de rosas entrelazadas con verbena y olivo florido; y despues de todos la diosa Isis, blanca y pura como la espuma, esparcida la rubia cabellera por el cuello y el pecho de alabastro, coronadas de diversas flores las sienes, con la media luna en frente sostenida por racimos de espigas entrelazados con serpientes que caen por la espalda, vestida de una túnica que toma todos los matices del mar, envuelta en manto negro como la noche y como la noche sembrado de estrellas y orlado de una franja de plata brillante como la vía láctea en el estío, y que con todos estos atributos representa la naturaleza, en toda su inmaculada inocencia, en su pura vida, la naturaleza que puede reanimar con su fecundidad, amantándolos á sus pechos, los moribundos dioses del paganismo romano. (Aplausos.)

Pero ni esta exaltacion del misticismo pagano será bastante á salvar la antigua religion, porque se oye una carcajada que hiela de espanto á los dioses, una carcajada que domina todo el movimiento literario del siglo segundo como el ruido de la tempestad domina en el estruendo de las olas. Esta carcajada es la inmortal carcajada de Luciano. No sé que facultad es aquesta de la ironía que tanta fuerza tiene para desorganizar y destruir los mas grandes poderes. No sé qué hay en esos genios cómicos que tienen algo de la hermosura del ángel, y de la triste hilaridad y del amargo sarcasmo que la tradicion ha puesto en el diablo. La ironía nace sin duda de la desproporcion que el alma ve entre la realidad y su ideal. Sin duda esos genios que nos hacen reir, que ven el lado ridículo de todas las cosas, se burlan de todo porque todo les parece mezquino en presencia de lo infini-

to que poseen como dominio propio. Lo cierto es que cuando ha sido necesario destruir, se ha levantado ese mismo genio, que permaneciendo idéntico á sí, toma diversos nombres; Aristófanes al concluirse Grecia; Luciano al concluirse Roma; Boccaccio al concluirse la primer mitad de la Edad media; Rabelais y Cervantes al concluirse los tiempos caballerescos; Voltaire al concluirse la sociedad de nuestros padres; y hoy Prudhon, que conmueve con su sarcástica risa hasta los fundamentos de la sociedad donde estamos asentados, é invoca como un número la ironía, sin duda porque entiende que ha nacido para destruir en su ironía esta su fuerza destructora. (Estrepitosos aplausos.) Cuando veo á Luciano entrar por las puertas del Olimpo, sin cuidarse del Iris que las guarda, de las horas que danzan en el vestíbulo, de los caballos de Apolo que piafan impacientes por llenar de luz el Universo; cuando le veo dirigirse con la risa en los labios á los dioses que han consolado tantos dolores, que han alimentado tantas esperanzas, que han llevado en sus espaciosa frentes los secretos de tantas civilizaciones, pasar en su presencia con tal desenfado, reirse de Baco porque es hijo de un mercader siro-fenicio, y huele á vino, y tiene por compañero á Sileno y á Pan, cojos contrahechos y horribles; echar en cara á Hércules que ha puesto los caprichos de sus queridas en el cielo, el perro de Erigone entre los dioses, la corona de Ariana entre los astros; llamar á Júpiter espósito, vicioso, cuyas transformaciones le han puesto en grande aprieto, pues cuando fué toro estuvo á punto de verse degollado en sus mismos sacrificios, y cuando lluvia de oro, convertido en brazaletes ó en pendiente de liviana dama. (Risas), menospreciar á Mithra el de la rozagante túnica asiática y no saludarle porque no entendía sus saludos puesto que no sabía griego; mofarse de los despuntados rayos de Vulcano que hieren las encinas en el campo, los mástiles en el mar, y no hieren á los malvados del mundo; compadecerse de Saturno, viejo, enfermo de gota, que encerrado en el Tártaro no puede sostener en sus cansadas manos las riendas del Universo; mirar maliciosamente el águila que con sus dos alas semejante á los abanicos de los déspotas asiáticos, renueva el aire sobre la frente de Júpiter, mientras Ganimedes desnudo se halla tendido á sus piés; maldecir de aquellas ibis, de aquellas grullas sagradas, de aquellos toros de manchas blancas, de aquellas monas que venidas de Siria, de Egipto, han ensuciado el Olimpo griego ántes tan sereno, y repartiéndose con grande algazara la mitad de las ofrendas y de los sacrificios; cuando veo que así olvida todas las creencias, todas las teo-

rias, toda la simbólica pagana, me parece que estoy viendo el genio de la ironía, de la sátira que entra en cielo y riéndose de todas las divinidades las asusta á todas, porque la risa de la duda es mas dañosa á los inmortales que las antiguas rebeliones titánicas; hasta que las obliga á avergonzarse de sí mismas, á cubrirse el rostro con las manos, y caer muertas como hojas arrancadas por el cierzo del árbol de la vida, que van á perderse en el abismo de la conciencia humana, cuya hambre de renovacion y de progreso ha devorado tantas religiones. (Ruidosos aplausos.) Y no solo se rie de los dioses sino tambien de los cultos que les tributan los hombres. Los sacrificios son objeto de sus maldiciones. Las desgracias que affigieron á Etolia y la prostraron, provinieron de que Omeo no convidó á Diana á una fiesta á que acudieron todos los inmortales. Minerva por doce bueyes retrasó un dia la caída de Troya. Así todos los dioses, sentados en aquel palacio, donde el sol es mas puro, y las estrellas mas brillantes, sobre aquel pavimento de oro, coronados por Iris, servidos por Mercurio; armados por Vulcano, desde sus tronos dejan caer la errante mirada sobre el mando en pos de aras humeantes, y bajan las frentes, llenas de altas ideas, para mirar los sacrificios, y abren sus narices para aspirar el humo de las víctimas, y sus bocas para beber con anhelante ansia la fresca sangre ni mas ni ménos que si fueran moscas. (Risas y aplausos.) Y no solamente se rie de los dioses, sino que para combatir sin duda la creacion hácia el paganismo oriental, se rie tambien de los iniciados en la mágia que estan tres meses metidos en las aguas del Eufrates y reciben el espíritu divino cuando un sacerdote de pestifero aliento les escupe su saliva á los ojos. Y no solo se rie de los iniciados, se rie tambien de los filósofos. Mercurio saca todas las sectas filosóficas á pública almoneda. Un mercader va á comprarlas. El primero que encuentra es Pitágoras que promete mostrar al mercader que él no ha sido él sino otro allá en lejanos tiempos, y le aconseja que se abstenga de comer animales y habas, y le anuncia que será un sabio cuando haya aprendido á soplar la flauta y á tañer la cítara, porque todo el Universo es una gran sinfonía. El mercader da por él diez minas, la quinta parte ménos de lo que vale un esclavo en el mercado. Topa en seguida con un filósofo mal oriente. Es Diógenes. Mercurio le anuncia que puede comprarlo porque le puede servir de perro á la puerta de la casa. Diógenes dice al mercader que si quiere profesar sus doctrinas, que se provea de una voz agria, de una garganta ronca, y se decida á despreciar los grandes hombres, á no sen-

tir ni los insultos ni los golpes, á abandonar mujer, familia, amigos é hijos, á vivir como un vago en un sepulcro ó en un tonel. Dos óbalos da el mercader por este sabio. Quiere comprar en seguida á Aristipo, el jefe de la escuela cirenaica, ¡al verlo coronado de flores; pero como está borracho y no contesta á sus preguntas, no le pone precio. Oye una carcajada y un sollozo. Se vuelve y se encuentra con Demócrito y Heráclito. El primero ahogado de risa le habla del vacío, y el segundo entre un mar de lágrimas le habla del movimiento universal en que todas las cosas se arrastran sin cesar como las ondas en los rios. El mercader no se atreve á comprar ni al uno ni al otro. De pronto Mercurio le ofrece un sabio de conducta ejemplar, un santo. Es Sócrates “¿Qué eres?” le pregunta el codicioso mercader. Yo no puedo repetir aquí la respuesta azaz escandalosa, porque respeto demasiado al público y me respeto á mí mismo. En seguida Sócrates comienza á explicar la república que piensa construir segun las leyes de su inteligencia, y cómo en esa república han de ser de todos los ciudadanos todas las mujeres, y elevándose á mas alta filosofía explica cómo ve todas las cosas y sobre todas ellas su ideal, mas real que las cosas mismas; de suerte que por este medio ve dos universos y todo, absolutamente todo se le aparece doble. El mercader, sin duda, creyendo que esta doble vista duplicará su dinero, compra al filósofo y da por él la enorme suma de dos talentos. Seguidamente compra por dos minas un epicúreo muy aficionado á comer miel é higos. Le cae en gracia Crisipo que le hace los siguientes argumentos: “Tú conoces y no conoces á una persona á un mismo tiempo. Por ejemplo, conoces á tu padre, y si lo ves cubierto con un manto ya no lo conoces. Una piedra es un cuerpo, un animal es un cuerpo, tú eres un animal, luego tú eres una piedra porque tú eres un cuerpo.” Doce minas afloja el mercader por tan sutil filósofo, y doble por un peripatético que le enseñará cómo vive un moscardon, hasta qué profundidad llegan en el mar los rayos del sol, cómo se forma el feto en el vientre materno, y cómo el hombre es un animal ridiculo y no el asno, que ni ha menester casa ni vaga nunca. Por último, se da de manos á boca el infatigable mercader con Pirron el escéptico. “¿Qué sabes?” le pregunta—“Nada.”—“¿Qué quieres decir?”—“Que no creo en nada.”—“¿No existimos nosotros?”—“no sé.”—“¿No existes?”—“No sé.”—“¿Qué sabes hacer?”—“Todo, ménos perseguir á esa eterna fugitiva que se llama verdad. El objeto de mi doctrina es no ver, no oír, no saber; soy sordo y ciego, y ademas privado de sensibilidad y de jui-

cio.”—“Sí, le dice el mercader, te quiero comprar.”—“Y lo compra.”—“¿Dudas de que te he comprado?”—“Sí.”—“¿Dudas de que soy tu amo?”—“Sí,” contesta el filósofo.—“Pues voy á convencerte con un argumento incontestable,” dice el mercader y le da un trancazo. (Risas.) Sin duda, señores, de aquí han tomado las leyes de imprenta de ciertos países los persuasivos argumentos que usan para convencer de error á los escritores públicos.—(Risas y aplausos.) Nos reímos, señores, nos reímos alucinados por la festiva inagotable vena de Luciano, nos reímos de la muerte de dioses que han sido un día los dioses de nuestros padres, sin recordar que todas estas renovaciones de la vida humana no se han hecho sino á costa de grandes catástrofes, de muchas lágrimas, de muchísima sangre vertida sobre la tierra.

El espíritu humano de ninguna suerte podia avenirse con dioses así zaheridos, con ideas así combatidas por su propia conciencia. En este tiempo la fé de los paganos creia en el mitho de Psiquis, la virgen pura, hermosa, que aguardaba impaciente la venida de su desposado, sobre su lecho, en la primer noche de sus nupcias, acariciada por el céfiro, cuyas ondas, cargadas de aromas despues de rizar su cabellera, se dormian mansamente en su seno, anhelante, ruborosa; hasta que siente que llega el esperado, y aspira su aliento, y no le ve, y quiere verlo, bafiarse en su mirada, contemplar sus formas, mirar los brazos que le oprimen, los labios que la besan, y se arroja del lecho, y corre á buscar su lámpara, y cuando vuelve gozosa é ilumina la nupcial estancia, ve que su misterioso amante, que era el amor mismo, agita sus alas, vuela, y en dorada nube se pierde entre los arreboles del cielo dejándola sola en castigo de su curiosidad, como para enseñarle que aquí en la tierra todo debe ser misterio y sombra, y que cuando queremos descifrar esos misterios y ahuyentar esas sombras, nos encontramos con que solamente allá en las alturas celestes se halla el verdadero amor que anima y embellece la vida. [Estrepitosos aplausos.] ¿No es una enseñanza este misterio mitho que dice bien claramente el estado de la conciencia humana? ¿No se ve que el espíritu antiguo ha querido conocer sus dioses y los ha iluminado con su razon, y sus dioses al desaparecer heridos por los rayos de la luz le han señalado el cielo? ¡Ah! Las antiguas religiones no abrazaban mas que la mitad de la vida, la naturaleza. Venia sobre el mundo la religion del espíritu. La Psiquis misteriosa es la conciencia la lámpara es la razon, el amor que huye de su lecho de rosas, el paganismo, que se va y que obliga á la

conciencia á elevar la mirada á los cielos. ¿Dónde, dónde está la idea, la creencia que vendrá á satisfacer esta necesidad vivísima que de creer tiene el espíritu humano? ¿Dónde está? Perseguida, humillada, escarnecida como todas las nuevas ideas, en el seno de las Catacumbas, en su altar, que es el dolor; guarda la por sus mártires que la fecundan con su sangre, soldados, que para defenderla no necesitan matar sino morir, porque son los soldados misteriosos de la idea y del espíritu. (Aplausos.)

Pero esta idea que en las lecciones anteriores hemos visto en sí separada del mundo pagano, al encontrarse frente á frente con él, provocaba un gran combate. Roma que tenía una religion propia en consonancia con su cultura, repugnaba invenciblemente el espíritu de igualdad cristiana. Los aristócratas, los privilegiados no podían comprender que todos los hombres se confundieran en presencia de Dios; los sabios en su orgullo rechazaban un dogma igual para los sacerdotes de la ciencia que para los ignorantes y los humildes; Luciano se reía á todo reír de aquella turba de esclavos, mendigos, mujeres, niños, gente maldita, que vivía en bárbaro comunismo y se sacrificaba por un oscuro sofista muerto en Palestina; Tácito llamaba á los sectarios de la nueva idea gente predestinada á las manos de los verdugos; Plinio el jóven, si bien veía sus virtudes, los estimaba supersticiosos, enfermos del alma y hasta inclinados al suicidio; Suetonio tenía en poco á aquellos bárbaros descendientes de los judíos, que inmolaban en sus sociedades secretas niños recién nacidos, y se comían su cuerpo, y se bebían su sangre; las muchedumbres, tardas siempre en comprender las nuevas ideas, hacían responsables á los cristianos de sus desgracias, de si el Tíber salía de madre ó no salía el Nilo, de si llovía ó no, de las tempestades, de los terremotos, de los incendios, y los llamaban enemigos de la familia, de la ley, ateos; y todos los despreciaban porque eran pobres, últimos restos de la sociedad, desheredados del todo, sin comprender que aquella gente, pobre, desvalida, oscura, formaba una gran sociedad religiosa que venía á convencer al mundo de locura, y por eso el mundo los creía dementes, y que si entre ellos se encontraban pocos sabios, y pocos poderosos, era porque Dios buscaba los débiles para vencer á los fuertes, los humildes para humillar á los soberbios, los eternos párias, eternas víctimas de la injusticia, para salvar la sociedad de su materialismo con esta grande y maravillosa explosión del espíritu. (Estrepitosos aplausos.)

Conviene decir que el Cristianismo se planteaba como religion de

la conciencia frente á frente del paganismo que se defendía como religion del Estado. La teoría de las religiones del Estado, de las religiones que se imponen por la fuerza social, era propia del sensualismo pagano que se contentaba con la ofrenda material y el reconocimiento exterior, curándose poco de la conciencia y del espíritu. Así, Aristófanes y Amato defendían los dioses griegos contra Sócrates, porque eran los dioses vencedores en Platea y Salamina; y Ciceron en sus libros de las leyes asentaba que nadie tenía facultad para adorar otros dioses que los dioses de la patria; y Paulo en sus sentencias declaraba que todos aquellos que eran osados á profesar una religion distinta de la religion del Estado eran reos, si nobles, de destierro, si plebeyos, de muerte; y el gran Trajano decretaba la persecucion de los nuevos sectarios, porque al injuriar al César injuriaban al imperio; mientras subsiste y cobra fuerzas está idea pagana que ha cometido todos los grandes crímenes, desde el sacrificio de Sócrates hasta el sacrificio de Cristo; mientras esta teoría de la religion impuesta por la fuerza social dominaba en toda la antigüedad clásica, los cristianos reivindicaban el derecho de adorar á su Dios en nombre de la conciencia, en nombre del espíritu; y de esta suerte, al mismo tiempo que defendían la verdad religiosa, defendían el principio de que sobre la conciencia no hay mas que una jurisdiccion divina, y que los poderosos que persiguen por hechos de conciencia á los sectarios de una idea, desertan de la humanidad como los Césares paganos que alzaban la cruz y atizaban las hogueras contra los defensores del Cristianismo. (Aplausos.)

Pero la idea cristiana á pesar de no tener mas fuerza que la fuerza espiritual, crecía y crecía, devoraba la religion de los Césares, de los guerreros, de los fuertes. De la edad apostólica, que es el siglo primero, pasamos á la edad de los apologistas, que es el siglo segundo. Pero ántes de los apologistas se encuentran los padres apostólicos que unen dos grandes épocas de la idea cristiana. Así como los apóstoles son los inmediatos sucesores de Cristo, los padres apostólicos son los inmediatos sucesores de los Apóstoles: que no se rompe ni se interrumpe en estos tiempos la série de las ideas cristianas. No hay en los padres apostólicos la grandeza que en los Apóstoles, ni la elocuencia que en los apologistas, ni el saber profundísimo de los padres de la Iglesia. Se ve que despues de aquella gran elaboracion de las doctrinas apostólicas que abraza el alma y Dios en la esfera metafísica, y el mundo judío y el mundo griego en la esfera histórica, el espí-

ritu cristiano descansa en la contemplacion de sí mismo, del ideal sublime que ha dejado escrito el siglo primero. Se ve que la sociedad cristiana se ocupa á la razon, mas en la moral que en el dogma, mas en obras que en pensamientos. La tendencia práctica es mas viva que la tendencia metafísica. Sus escritos nos hablan de la divinidad de Cristo, de la revelacion de Dios en Cristo y por Cristo, de las esperanzas de una nueva venida del Salvador, pero sobre las nubes del cielo y del Espíritu Santo que á manera del aire rodea y vivifica la sociedad cristiana. En los tres primeros padres apostólicos encontramos tres reflejos de los tres mas grandes apóstoles; en Clemente á San Pedro, en Ignacio á San Pablo, en Policarpo á San Juan. Sus escritos son epístolas trazadas á la luz de las antorchas de las Catacumbas, sobre las rodillas, entre los ahullidos de los perseguidores, y el estridente rumor de los instrumentos del martirio. Clemente tiene el carácter romano, y puede decirse que en él empieza la organizacion material que la Iglesia recibiera del práctico espíritu de la ciudad eterna. Por lo mismo, por ese espíritu de organizacion, se hechan de ver en él ciertas tendencias á conservar la antigua legalidad judía caída al eco de la tonante voz de San Pablo. Pero su fé en Jesucristo es viva, es profundísima, y tiene toda la sencillez, toda la virtud, y toda la seguridad de estos tiempos primitivos, fé sellada con su sangre. Ignacio es el de Asia Menor, en sus epístolas brilla el genio oriental con todos sus fulgores. Su corazón es como un volcan de amor que fulgura, enviando todos sus sentimientos al cielo. Obispo de Antioquia, discípulo de San Pablo, ardiente propagador de la nueva idea, en sus epístolas ha unido á la dulzura de un índole apacible la fuerza de una fé sobrenatural, divina. En su alma, inundada de prodigiosas esperanzas, hay sed de morir, amor inmenso, infinito, al martirio, porque tras las nubes de esta vida de un día columbraba el horizonte infinito de la eternidad, y su sér bañándose en la eterna vida. Un hombre como este padre apostólico que abandona por idea todos los placeres del mundo, que ve estrellarse á sus piés todas las pasiones sin temor de ser por ellas manchado, que vive por sus hermanos y para sus hermanos, tranquilo en la persecucion, libre en las cárceles, benévolo para sus mismos martirizadores, ocupado solo en ofrecer ejemplos de entereza á los que comparten sus ideas, arrastrado por una calle de amargura que se estiende desde Asia á Roma sin que profiera una queja, y sin que tenga otro pensamiento que escitar á la fé y la perseverancia á los cristianos, muerto entre los dientes de las fieras.

pero con la idea puesta en el cielo, y el sentimiento en la esperanza de la inmortalidad un hombre de esta grandeza debe ser siempre ofrecido como enseñanza viva, como ejemplo moral á la juventud, para que vea que el egoismo solo puede dar el mal, que la abnegacion, el sacrificio, son los medios mas seguros de alcanzar en las grandes crisis la redencion del espíritu, la salud del mundo. (Entusiastas aplausos.)

El mismo camino que Ignacio, discípulo de San Pablo, sigue Policarpo, discípulo de San Juan, que estiende la doctrina de su maestro, y muere en el martirio. El espíritu de esta edad necesita mayor espacio, mayor amplitud para luchar con el gnosticismo cuyas raices se estienden sobre el Cristianismo como una planta parásita que intenta robarle su jugo, y vivificar con él las ideas paganas. Y es preciso confesar que merced á la epístola falsamente atribuida á Barnabas, el legalismo judío intentaba invadir el puro dogma cristiano. Es verdad que en esta epístola á fuerza de querer espiritualizar las prácticas judías se les quitaba todo su antiguo poder, toda su grandeza. Pero era necesario evitar estas desviaciones y sostener como San Pablo que la ley antigua habia sido cumplida, y que toda la revelacion se encontraba en el Evangelio. Mas á pesar de esto, los padres todos apostólicos se unen y confunden santamente en la creencia del progreso de la vida, de la renovacion del espíritu, de la esperanza en la inmortalidad, del esterminio del mal en virtud de la sangre vertida en la cima del Calvario.

Pero el Cristianismo debia principalmente defenderse de las ideas opuestas y contrarias que encontraba en su camino. Los judíos, los paganos, querian cerrarle el paso á la victoria. El Cristianismo debia probar á los judíos que su religion era insuficiente, y á los paganos que su religion era muerta. De este misterio verdaderamente divino se encargaron los apologistas. Contra los judíos defendieron el mesianismo en Cristo. Contra los paganos defendieron principalmente la resurreccion de la carne. Como les achacaran que adoraban á un hombre, decian los apologistas que Cristo era el logos eterno, la palabra eterna anterior al tiempo y al espacio, aquella palabra incomunicable que creó la naturaleza y que ilumina eternamente el espíritu. Contra los paganos que sostenian la aniquilacion del cuerpo predicaban la resurreccion de la carne. Dogma consolador en verdad este, y sostenido con sin igual elocuencia por los apologistas. En su virtud la muerte no es temible. Este cuerpo que en el seno del sepulcro se des-